

Traducción e historia del lenguaje de especialidad

II Jornadas de la Red Temática «Lengua y ciencia»
San Millán de la Cogolla,
29-31 de octubre de 2008

Las II Jornadas de la Red Temática «Lengua y ciencia», celebradas en San Millán de la Cogolla del 29 al 31 de octubre de 2008 y dedicadas a la traducción y a la historia de los lenguajes de especialidad, fueron una muestra de las posibilidades de, y los objetivos perseguidos por, Cilengua y su Instituto Historia de la lengua. Desde sus inicios, el Centro Internacional de Investigación de la Lengua Española se ha propuesto colaborar estrechamente con la Real Academia Española en los trabajos de elaboración del *Nuevo Diccionario Histórico del Español* mediante la organización de encuentros entre filólogos e historiadores de la lengua para avanzar en el conocimiento de las posibilidades de los nuevos métodos y profundizar en la historia del vocabulario español. La metalexicografía, la terminología diacrónica, la historia de la traducción y el estudio de los lenguajes de especialidad serán, en los próximos años, algunos de los centros de interés de los investigadores de esta institución. La celebración de estas Jornadas supuso la consecución de uno de sus principales objetivos: funcionar como polo de atracción para equipos de investigación cuyos trabajos puedan resultar afines a los que se han de elaborar en el Cilengua.

Como se puso de manifiesto en aquellos días, todos los investigadores coinciden en señalar la relevancia de la traducción para la creación del léxico histórico de una lengua, sea el latín, el portugués, el francés o el español, a lo largo de toda su literatura. Los términos científicos casi nunca entran en una lengua de manera abrupta. La morfología derivativa, mediante la analogía y las reglas de formación de palabras, suele ser el recurso más empleado para la creación de vocabulario técnico. Un segundo método, también muy frecuentemente utilizado, es la metaforización o neología semántica, es decir la asignación de un nuevo significado a un significante existente en la lengua correspondiente. El resultado de esta segunda manera es la polisemia, acicate para el trabajo de terminólogos, lexicógrafos, científicos y traductores a lo largo de la historia. Sin duda,

los términos científico-técnicos creados a partir de neología semántica o metaforización son los de uso más confuso, pues sólo funcionan en entornos lingüísticos marcados y para la comunicación entre emisor y receptor especializados. Estos voquibles suelen ser el origen de malentendidos en los intercambios de información entre especialista y no especialista.

Pero otra manera de construir términos técnicos, como se vio en las II Jornadas de la Red Temática «Lengua y ciencia», es el préstamo, sea la traducción o sea la adaptación de palabras de otros idiomas para insertarlas mal que bien en el sistema de la propia lengua. El traductor es en estos casos, si bien no en ellos exclusivamente, protagonista de la historia de la lengua a la que traduce. Y por ello, un diccionario histórico no puede dejar fuera de sus objetivos la recopilación de las innovaciones de los traductores, sean estos especializados (doblemente competentes) o simples traductores aficionados a la temática a la que pertenecen los textos traducidos (con su sola competencia como traductores, pero sin la adyacente como científicos). Sin embargo, la entrada indiscriminada de voces especializadas en los repertorios totales –tesoros o diccionarios históricos– ha sido contemplada a veces como poco recomendable, no así con otros «particularismos», en terminología de Julio Casares.

Frente a lo que ocurre con los particularismos sociales, los geográficos o los cronológicos, que deben recogerse en un diccionario histórico o tesoro, los particularismos profesionales, científicos y técnicos, presentan unas características muy concretas, repasadas en las Jornadas, que recomiendan su estudio cuidadoso antes de su recolección para una obra lexicográfica descriptiva e histórica. Un análisis pormenorizado de la historia de cada profesión, su literatura, sus traducciones, su tecnolecto, en definitiva, resulta imprescindible antes de decidirse a repertorizar unos y no otros de sus tecnicismos o voces particulares.

Juan Gutiérrez Cuadrado, de la Universidad Carlos III, analizó la figura del traductor y su voz en la historia del español científico de los siglos XVIII y XIX, con una interesante propuesta de periodización para el primero de estos siglos, tema reaparecido en el debate posterior a la comunicación de Josefa Gómez de Enterría y Natividad Gallardo, de la Universidad de Alcalá de Henares, sobre la botánica del dieciocho. Muy sentida entre los riojanos fue la alusión del profesor Gutiérrez Cuadrado a los hermanos d'Elhuyar, logroñeses responsables del aislamiento del wolframio-tungsteno. En la propuesta de Brigitte Lépinette, de la Universidad de Valencia, se repasaba la aportación propia del traductor especialista al texto que traduce, en coincidencia con la opinión de Juan Gutiérrez

Cuadrado de que el traductor científico es, en muchos casos, un experto en la materia tratada en el texto traducido, lo que no siempre ocurre sin embargo, y que raramente puede darse en los compiladores de diccionarios bilingües generales, como el francés-español de Antonio Capmany (1805), objeto de la intervención de Joan Torruella, Margarita Freixas y Gloria Clavería, de la Universidad Autónoma de Barcelona. El contraste entre traductor-científico (o doblemente competente) y el traductor no científico o no especialista (competente solo lingüísticamente) se puso de manifiesto claramente en la exposición de Pilar Díez de Revenga y Miguel Ángel Puche, de la Universidad de Murcia, que cotejaban dos versiones casi coetáneas de un mismo texto francés. El traductor no especializado comete errores de interpretación con más frecuencia que el conocedor de la disciplina, como señaló Bertha Gutiérrez, de la Universidad de Salamanca, y también puede incurrir en errores de versión al desconocer la terminología corriente en la comunidad científica de la lengua a la que traduce; siempre sería deseable un cierto grado de conocimiento de la especialidad del texto para quien lo vaya a traducir. Pero tanto el traductor especializado como el *dilettante* comparten su tarea de creadores de lengua, y su trabajo es igualmente importante para la historia de la misma y la filología.

El historiador de la terminología debe conocer la historia material de la época que documenta (como ejemplificó magníficamente Fernando Serrano, de la Universidad Pública de Navarra, en el caso de la guerra medieval en Navarra o María Jesús Mancho Duque y F. Javier Sánchez, de la Universidad de Salamanca, para el Siglo de Oro español), al tiempo que dominar los procesos activados en la traducción de un texto (repassados por M.^a Nieves Sánchez González de Herrero, también de la Universidad de Salamanca, o Antònia Carré, de la UOC). Mediante los ejemplos de *etilo*, *metilo* y *glicol*, Cecilio Garriga y Luisa Pascual, de la Universidad Autónoma de Barcelona, nos demostraron la importancia de la historia de la ciencia para fijar la etimología verdadera de un vocablo y precisar su devenir; *celulosa* les sirvió para mostrar la relación entre la historia del concepto y la historia de la definición del mismo; el estudio de las traducciones es, en el caso de *Las lecciones elementales de química moderna* de A. Wurtz por Jaume Almera, una buena cantera de la que obtener primeras documentaciones de voces como *polímero*, *cesio*, *celulosa*, *glucosa*, *acetona*, entre otras.

Las traducciones son, en definitiva, un campo con múltiples posibilidades de explotación para el conocimiento del léxico, de la historia de la lengua y de la ciencia, como señalaron los distintos especialistas.

La misión de Cilengua es, frente a este esfuerzo de diversos grupos de investigación, muy modesta: la recolección de trabajos dispersos para su común aprovechamiento en proyectos futuros y la reflexión teórica sobre las posibilidades de las nuevas herramientas lexicográficas allegadas por ellos.

José Ramón Carriazo Ruiz

